

JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ NIETO

LA MUERTE APRENDIDA



HALCÓN
COLECCIÓN DE POESÍA

17
VALLADOLID
1949

JOSE MARÍA FERNÁNDEZ NIETO, autor de este libro, nació en el corazón de la Tierra de Campos, en Mazariegos, provincia de Palencia, el día 7 de diciembre de 1920, pero desde niño vive en la capital de su provincia. En el Instituto de Palencia hizo los estudios de Bachillerato, y en la Universidad de Granada la carrera de Farmacia. Antes había hecho un curso para pilotos en San Javier, provincia de Murcia. Actualmente reside en Palencia, donde ejerce su profesión de farmacéutico. En esa capital fundó, con otros jóvenes escritores, la revista «Nubis». Según su propia confesión, su poesía señala la lucha de dos tendencias: la colorista, de influencia granadina, y la que produce en su ánimo la vuelta a lo castellano. En el nativo ambiente de Castilla su obra se hace más honda y más seca. Sus últimos libros, especialmente el presente, están definitivamente encauzados en el espíritu de lo específicamente castellano, aunque alguna vez, de una manera remota, asoma en ellos el paisaje de Andalucía. Es un poeta de sensibilidad delicada que halla sus mejores realizaciones en los temas de carácter emocional, infantil, humano, y en aquellos que enfrentan su espíritu con el temblor de lo desconocido.

LA MUERTE APRENDIDA

la propiedad
reservada

LA MUERTE APRENDIDA

Es propiedad.
Derechos reservados.



JOSÉ MARÍA FERNÁNDEZ NIETO

LA MUERTE APRENDIDA



HALCON
COLECCIÓN DE POESÍA

17

VALLADOLID
1949



JUSTIFICACIÓN DE LA TIRADA

De esta primera edición de «*La muerte aprendida*», de José María Fernández Nieto, se han hecho cuatrocientos ejemplares, numerados del 76 al 475, en papel de edición; setenta y cinco en papel verjurado, numerados del 1 al 75, para los suscriptores de lujo; veinticinco, numerados del I al XXV, reservados a los suscriptores especiales de «HALCÓN», y un ejemplar, señalado con un 0, para el autor del libro.

SERIE CORRIENTE

Ejemplar núm. 425

HALCÓN
COLECCIÓN DE POESÍA

VALLEJO
1931

T. 95483

«Cómo se viene la muerte,
tan callando».

JORGE MANRIQUE

«¿Por qué morir ha de ser
lo que decimos morir...?»

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

VOSOTROS

NO sé de qué recuerdo,
hay algo en vuestro cántico que me parece mío.
Sin vosotros el aire me sería difícil.
Oh, no es posible el cielo sin vuestra sinfonía.

Cantar es un remedio cuando duele la vida.

Yo he cantado ya mucho, necesito mi cántico
como la luz o el aire que nace de la sombra.
Un dulce verbo incendia la noche de mi boca
cuando nace una rosa desde la primavera
que soy o que persigo.

Y vosotros, tampoco.
Ya no os asombra nada. Ni la muerte. La muerte
sois ya vosotros mismos, los que ordenáis la vida
como un camino andado. Nada hay que nos asombre.

(Acaso haya un misterio: La rosa que llevamos
apretada en los labios.)

Pero somos así.
Las nubes no se alzan porque las mueva el aire.
Somos así. Difíciles. No preguntemos nada.

¡Cada uno en su sitio!

EL POETA

NO le toquéis.

Sus manos no se hicieron para enseñar caminos,
para torcer las sombras, para poblar el llanto.

No le toquéis.

Es una vieja herida. Es una pura lámpara de sueños.
Desasida promesa. Celestial osadía.

Nunca podrá ordenar. Le nacerá su llanto de una cifra.
Es inútil pedirle que mida, que compare,
que cuente, que pese a Dios.

¡Dejadle!

No le toquéis. Nació ya hombre.

Le dijeron un día que la vida era así,
que el corazón sobraba.

Y él desanduvo el mundo,
recogió su semilla y aprendió a ser un muerto.

El mundo no sabía que llevaba en su vientre
murmullos de palomas, que en su pecho cantaban
voces desconocidas... ¡Dios estaba en su sitio!

Eran gritos armónicos dominando las manos,
palabras musicales llegando desde lejos,
eran los labios vivos de los muertos recientes,
de los que habían muerto para enunciar la vida,
para llenarlo todo de clarísimas rosas,
para ordenar las flores y la luz en el aire.

¡Dejadle!
No le toquéis.
Ha nacido ya muerto. Ha nacido ya hombre.
No le toquéis la frente. Temblaréis. Está fría
como una dura niebla.

Es un extraño muerto. Es una oscura llama.

LA MUERTE ANTICIPADA

A veces nos llega la ola
de los antepasados, de los que tuvieron
que morir antes de nuestro florecer,
la ola de las usadas espumas, de los que tuvieron
que florecer y deshojarse,
para que floreciesen otras voces;
a veces nos llega un mar de recuerdos
a inundar nuestros ojos de vida antigua.

Son los muertos.

Son nuestros muertos últimos que vienen a sembrarnos
para que florezcamos, para que maduremos
la fruta del aliento;

porque ellos tienen hambre de nosotros,

y les sobra su ausencia,

y resucitan en recuerdos,

y gritan que nos esperan, que doblemos el paso,

que vayamos comiendo el pan sin detenernos.

Son los muertos ansiosos, los muertos deseantes

que no encuentran su cielo,

que aun creen que su cielo depende de nosotros...

Son los muertos que han muerto sin aprender la vida,

los muertos ignorantes,

los muertos torpes,

los muertos que no llegaron a comprender la muerte,

porque murieron muertos.

A veces nos llega esta ola,

este mar de espumas impenetrables,

este océano puro de acabamientos,

esta marea baja de amargas despedidas.

Y ante este inesperado brazo de mar desbordado,

existen hombres que flotan como cadáveres,

hombres que están aún por nacer,
hombres que son como frutos maduros por fuera,
hombres bajo la lluvia de las meditaciones,
muertos eternos, muertos anticipados,
muertos que morirán aún, que poblarán el mar
de los antepasados, de los que tuvieron
que florecer antes de morir
para que floreciésemos nosotros.

De los muertos.

De los muertos que no llegaron a comprender la muerte
porque murieron muertos.

POEMA DE LOS NIÑOS

ESTO es un antiquísimo jardín
donde los niños juegan al aro con las cosas,
al arco iris de las esperanzas,
al antiguo juego de las palabras.

Niños por todas partes, niños, niños,
niños tristes, alegres, melancólicos, tiernos,
algunos pensativos... (Oh, los niños poetas,

oh, los niños que quieren arrancar el misterio que se guarda en el hombre...)

Todos jugueteando por el jardín antiguo y de pronto es un niño que grita con angustia:

«¿Dónde está el jardinero?»

Un solo niño escucha. Los demás no han oído.

Los dos niños se juntan, se miran y meditan pausada, lentamente, quién es el jardinero;

buscan al jardinero por todas las esquinas,

llaman al jardinero, gritan al jardinero,

pero nunca contesta el jardinero.

(«¿Dónde, por dónde vive, cómo vive,

de qué, cómo, por dónde el jardinero...?»)

Hay un hombre mirándoles desde todas las puertas, recreándose en ellos... (Niños, niños, miradle...)

Ya son cuatro los niños que van dejando el juego, que se juntan, se miran y meditan.

Ya viene otro, más niño, que grita: «¿Dónde? ¿Dónde?»

«¿No hay nadie, amigos, nadie que sepa dónde vive el jardinero?».

Se ha roto un banco de madera,
se ha roto un lirio y un muñeco y un aro.

(¿No viene el jardinero?)

Esto ocurrió más tarde: Un otoño.
Se cayeron las hojas sin decírselo a nadie.
(Ni a los niños).

En poco tiempo, todo se quedó como muerto,
las montañas sin flores y sin olor el tiempo.
Los niños, ya faltaban muy pocos,
juntándose, mirándose, meditando en silencio,
preguntándolo todo.

Hasta que hubo uno
que ya no pudo más y se deshizo en lágrimas
y gritó «¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido?
Vosotros lo habéis visto. Alguien tiene la culpa.
¿Dónde está el jardinero?»

Un hombre se sonríe desde todas las puertas.
(¡Niños, niños, miradle!)

¿Dónde está el jardinero?
Vuelve a llenarse el aire de indóciles preguntas.
Todos los niños buscan
por todas las palabras, por todos los silencios.
Y jamás aparece el jardinero...

Un hombre está llorando desde todas las puertas.
(Niños ¿no habéis oído? Alguien ha dicho: «Niños,
aquí estoy con las flores. Yo soy el jardinero»).

El aire se recarga de asombroso silencio.

La primavera vuelve, devolviéndolo todo:
rosas, nubes, deseos...

Niños por todas partes que vuelven a sus juegos.

LOS FRUTOS

HAY que romper la soledad,
la mutua soledad, tu soledad, la mía;
porque aun estamos solos,
profundamente únicos y solos.

Limitamos con aire,
nos envuelve el vacío con su túnica fría.
¡Solos!
¡Estamos solos!
Somos dos islas de esperanza, dos rocas
labradas por el sueño,
dos antiguas ilusiones endurecidas.

Somos dos islas esperando
la hora de la marea baja.

Entonces,
el mar nos unirá, el mismo
que nos separa ahora.

Pero vendrá la primavera,
nos llenará de frutos, y ya no moriremos

La necesitaremos.
Para que nuestra vida se prolongue,
para que halle caminos nuestra sangre.

No basta la felicidad.
Hay que romper la soledad con hijos
para vencer la muerte, para que nuestra muerte
no sea un mar parado.

Sólo entonces podremos decir: «No estamos solos».

EL DESCANSO

HA sido un día total.
Las horas han ido sucediéndose
empujadas por el agua de la alegría,
de la honda alegría del trabajo.

Hemos anestesiado el dolor
con la robusta alegría de nuestros músculos.
Hemos estado trabajando continuamente,
sin meditar nuestro sudor, sin detenernos
a medir nuestra vida.

Desde que se han abierto nuestros ojos,
desde el principio de nuestra única mañana,
están moviéndose nuestros brazos,
moviéndose para ordenar los minutos,
para trasladar los corazones de su sitio,
moviéndose para acarrear la mies de la amargura,
para liberar las esperanzas de la sombra,
para aventar las cenizas de la tristeza.

Al atardecer, teníamos los músculos
hondamente abatidos por el trabajo.
Estábamos cansados de movernos.

Las manos nos dolían. Nos dolía el silencio.

(Y así, Señor, un día, un mes, un siglo
para esperar la noche...)

Teníamos ya el ansia prorrumpiendo en palabras
y el corazón tendido, buscándose una sombra.

Ni un árbol. Era el sol. Era el puro verano.
Un suelo, sin promesa. Sólo duros guijarros.

Ah, pero las estrellas preparaban la noche.
Se acercaba la noche. La noche era un milagro.

RETORNO

TORTURA sometida,
inquietud clausurada.

La mano es una sombra
que no puede nombrarse.

Sí. La muerte. ¿Qué más da?
¿No es lo mismo morir
que esperar a alguien que no conocemos?
El hombre. Su historia violentada.
¿No es un continuo esperar,
esperar algo, esperar a alguien,
estar siempre esperando...?

No hay remedio.
Es inútil querer abrir el muro.
No hay salida posible. Aunque gima la sangre.
Aunque se rompa el beso. No hay salida.
Es inútil.

No hay remedio.

Hay que volver a desandar,
incendiar el aroma, repetir el silencio.
Hay que volver a conquistar
la luz equivocada, llenar el hueco antiguo
de palabras y nombres,
llenarlas con nuestra antigua fe,
con el aire difícil de la alegría,
hasta que estallen de júbilo,
hasta que hieran como celos,
hasta que huelan a rosas incendiadas.

Inútiles torturas,
indóciles deseos, embravecidas inquietudes.
Han sido muchas horas de soledad infértil,
de tenebrosa hondura, de noche indescifrable.

Y ahora, no hay remedio.
Se descerraja el alma. Es inútil el llanto.

Hay que volver al niño,
y creer con el niño que el mundo es una bella
noche con esperanzas.

LLEGADA DE LA PRIMAVERA

HAY, también, el dolor del aire,
la amargura del árbol, el llanto de los frutos.
Hay, también, la muerte en primavera.

Los niños no saben aún
el valor de su sangre. (La sonrisa de un niño
es algo irremediable).

Porque la primavera es como si el mundo
se inaugurara, como si empezara el hombre,
como si el corazón estrenara su canto.
La primavera es una primera piedra
para la cúpula del tiempo.

El hombre sabe todo esto.
Pero no sabe llenar la primavera
con sus manos, ayudarla a crecer
en leve paraíso.

(El hombre es una primavera truncada).

Y llega.

Y duele.

Y muere.

Oh, Señor, pero llega...

ÁRBOL

AL principio es el árbol,
para quien Dios es el único aire posible,
la única savia posible, la primavera única
que hace posible el árbol.

Luego es árbol que sabe
que se sabe creciendo por su claro milagro,
su botánico instinto.
Árbol que se recrea midiendo su osadía,
su joven apariencia.

Hasta que llega el primer fruto
y nos habla de dónde viene, cómo viene,
por qué viene, y a qué viene. Y el árbol

vuelve a sentir algo así como esclavo del aire,
como un niño del aire.

Como sabedor de que sin el aire no es posible la vida.

Pero el corazón madura tardiamente,
cuando empieza a faltar el aire, cuando el árbol conoce
que no hay aire, que el aire es necesario
para poder ser árbol.

DEUDÁ

COMO un latido desusado,
como alterado pulso,
siento la sensación de que la vida
es un milagro, de que se me está concediendo
minuto a minuto, de que cada día nuevo
es una honda deuda, que no podré pagar
con la moneda de mi sangre.

Siento que estoy en deuda,
que alguien hay a quien debo esta alegría
y que cuando estoy triste, cuando me alcanza
la aguda sensación del dolor del hombre,
cuando soy pura niebla,
es como si alguien me dejara de su mano,
como si un mar me abandonara, como si me gritaran
derruidas estrellas.

Porque vivir es
una prestada cantidad, que se derrocha en lágrimas
y en besos o en flores o en palomas,
o en preparar, despacio, cada uno su muerte.

También la muerte tiene un precio.
La pagamos con nuestras últimas monedas.
Hasta la muerte, a última hora, viene a señalarnos
un precio, a exigir que borremos la deuda.
Y nos pide con mano de instante
nuestra moneda última, precisamente cuando
sin saber que era nuestra moneda última,
íbamos a gastarla en comprar una nueva alegría,
creyendo que nuestra última moneda,
era una moneda como tantas de las que habíamos tirado,
como tantas monedas
dadas a cambio de un beso o de una lágrima.

ROSAS

YO no llevaba nada.

Ni un cántaro vacío para llenarlo de agua.

Fuera caían rosas
blancas como canciones.

¿Era verdad que Tú,
el Poeta, el Amigo, tras de la puerta estabas,
tras de esa oscura puerta donde el sol no da nunca?

¿Era verdad que yo,
que mis palabras eran un agua derramada,
un inútil aroma derrochado en promesas?

¿Por qué por mis oídos no penetró tu grito,
tu silencioso grito, tu grito desvelado?
Pero estaba tan cerca que no te había oído.

Señor,
estaba ya cansándome de venerar mis rosas.
Tenía desgarrados dulcemente los músculos,
no soportaba el peso sencillo de mis hombros
y no llevaba nada,
ni siquiera llevaba una cesta de rosas,
un cántaro vacío para llenarlo de agua.

Pero estabas Tú, ahí, cuajándote en silencio
detrás de aquella puerta,
donde el sol no da nunca,
y el mundo no da nunca
y el hombre no da nunca
todo envuelto en la noche como un viejo sepulcro,
donde nadie da nunca.

Fuera caían rosas,
oh Señor, cuántas rosas
en deshojada lluvia.

Y sin embargo era tu voz un paraíso
florecedo en promesas

donde todo tenía su causa en un instante,
su explicación clarísima,
su porqué para todo.

Y así llegó la tarde en que me diste audiencia.

Desde entonces no vengo para escuchar tu aliento,
vengo para saberte.
Me sentaré contigo cuando renazca el fuego
y tú me irás diciendo...

Fuera de la ventana
ya no habrá tantas rosas.

Señor, yo no llevaba nada,
ni un cántaro vacío para llenarlo de agua,
y ahora es a Ti a quien llevo,
eres Tú quien me pesa tan dulcissimamente
como le pesa a un niño su mundo de esperanzas.

LOS NIÑOS TRISTES

A Dámaso Alonso.

SEÑOR, pero ¿qué hacen estos niños?
¿Qué hacen que no juegan, que no tienen
alegría? ¿Qué hacen que están tristes
como si el mundo se hubiera quedado
sin juegos, como si el mundo se hubiera quedado
sin flores? ¿Qué hacen aquí, tristes,
como si el mundo se hubiera quedado sin niños?

(¿Se han dado cuenta de algo? ¿Lo saben ya?
¿Saben que la vida es un juego
en el que nadie puede ganar?)

Oh, Señor, cuánta tristeza
en la tristeza de los niños.

Pero ¿qué les pasa?
¿Qué les pasa a todos que no lloran,
que no pueden llorar, que están a punto
de romper a llorar y no pueden...?

Es espantoso, Señor, Tú lo sabes.
Es espantoso ver a un niño que quiere llorar
y no puede...

Oh, sería terrible que ya estuvieran
a punto de meditar, que se encontraran
de bruces con la muerte, a dos pasos
de las oscuras tinieblas del hombre,
en el mismo filo del grito,
en vísperas de clausurar su inocencia.

Ya no habría remedio.

Tendríamos que escondernos,
tendríamos que ocultar las manos apresuradamente,
descerrajar la sombra, contener el deseo,
clavar la voz del eco.
Tendríamos que apalear las palabras,
insultar al silencio. Tendríamos
que lavar la lujuria hasta que no quedara mancha.

Oh, Señor ¿qué les pasa?
¿De dónde nace su tristeza? ¿Dónde habita
la sombra?
¿No hay ya bastante niebla en nuestras bocas?

Pero el hombre es urgencia,
prisa de río, salto, que no remedia nada.

(Ay, Señor, y los niños
un llanto contenido, un dolor inmaduro,
una amarga promesa...).

Oh, sería terrible que estallara su ausencia,
que la muerte cayera derribando su prisa.

Ya no habría remedio.
¡Tendríamos que escondernos!

LA PREGUNTA

MUERTO. Todos le vimos, oímos su silencio
(ese silencio siempre nuevo
que nace de los párpados de un muerto.)

Y miramos sus ojos, cerrados por la sombra
como si fuera la primera vez, la única vez
que viéramos los ojos de un muerto, los ojos
cerrados, terriblemente cerrados de un muerto.
Y miramos sus manos, cruzadas sobre el pecho,
como si nunca hubiéramos mirado las manos
cruzadas de un muerto, las manos terriblemente
cruzadas de un muerto.

Y miramos su boca como si fuera la boca de otro hombre, como si por aquella boca no hubieran podido nacer nunca las palabras que pronunció aquel hombre que estaba muerto, que estaba, como todos los muertos, terriblemente muerto.

Nadie decía nada.

Daba la sensación de que hasta las palabras habían muerto. Nadie miraba a nadie.

Un silencio absoluto de luz y de sonidos.

Alguien dijo por fin. «¿Cómo fué?»

Lo explicaron. Las palabras dolían. Pensamos:

«Una muerte de tantas». Luego, nuevo silencio.

Nadie decía nada. Nadie miraba a nadie.

Pensamos: «Un muerto» «¿Y qué es un muerto?»

Un muerto es más, es algo que no tiene remedio».

De pronto hubo alguien que exclamó:

«Oh, la muerte, la muerte». Buscamos con los ojos, recorrimos la estancia (¿Dónde estaba la muerte?), preguntamos al muerto...

¡Allí no había nadie!

HOMBRE SIN CANCIÓN

A Jesús Unciti.

TODOS dijeron algo.

Aquel hombre, no. Aquel hombre había muerto
sin pronunciar su nombre
¡sin cantar!

Toda su vida había sido un cálculo,
un número, una cifra, un sumar las palabras
y medir los minutos y calcular las sombras.

Para él la armonía
era un invento inútil y la música un juego
para gentes extrañas.

¡No sabía cantar!
Nunca supo cantar. Su voz era una mano

que ordenaba los números, una cálida espada
que quemaba canciones, una luz apagándose.
¡No sabía cantar!

Todos dijeron algo.

Recordaron un beso, lloraron por un hijo,
retorcieron ausencias, repasaron la música
que envolvía su paso.

Él no.

Él no tenía esposa, no supo nunca de hijos.
Era huérfano de voluntad. No quería acordarse
porque estaba así, herido. (Ya su sangre era prisa).

Toda su vida había sido un cálculo,
una oscura ecuación, un número, una cifra.
Y ahora precisamente le rondaba la muerte
como una tenue música de dolor y de viento.

Oh la urgencia del cántico,
había que cantar, pero él no sabía, no entendía,
¡no sabía cantar!

Él sabía calcular la distancia
y apurar el espacio y estrenar los colores.
Él lo sabía todo: Multiplicar las horas,

dibujar los minutos, clasificar los besos,
contener la marina tempestad del aplauso,
contar, contarlo todo, contar meses y días
mariposas y sueldos, monedas y saludos.
Era lo mismo todo: minerales, deseos.

Pero la muerte se acercaba,
la muerte le rodeaba por todas partes
como un mar, como un toro, como un oscuro cielo.

Sólo había un remedio: ¡Cantar!
Pero él no sabía cantar, nunca había aprendido
a cantar, y murió sin poder pronunciar
una sola palabra.

LA OTRA SOLEDAD

A Luis López Anglada.

SOLO. Enclavado en el aire.
Hombre de soledad. Meditación me llamo.
Cerca de mí, la vida. Una vida no mía.

Era un muerto pensando
que estaba muerto, un muerto que sabía
su muerte, que la había aprendido
a fuerza de estar solo.

Estar solo es morir se anticipadamente,
evitar el encuentro de la dura sorpresa.

Solo.
Terriblemente solo. Terriblemente muerto.

Más muerto aún que si me hubiese muerto
definitivamente.

Los muertos, ellos, no saben qué es la muerte.
Yo sabía la muerte, sabía que empezaba a morirme,
que había de morir muchas veces, día por día,
soledad a soledad,
hasta que lo aprendiera,
hasta que aprendiera la soledad,
la soledad terrible de quedarse solo
definitivamente.

LA BATALLA

A Luis Landínez.

HABÍA concluido la batalla.

Aun humeaban corazones,

aún las últimas voces afirmaban la sangre.

Era el eco del dolor. El firmamento de la angustia.

El universo inútil de los caídos,

el húmedo clamor de la tierra.

Era la ausencia todavía caliente

de los viejos soldados que habían nacido en la lucha,
que habían nacido para la lucha.

Muchos yacían muertos, abrazando la hierba,
con la boca torcida por las imprecaciones.

Había concluido la batalla.

Todos habían sido vencidos. No había vencedores.

Sí. Había un vencedor, una bandera intacta:

La muerte.

Alguien lo había ya advertido.
Todos aprenderían a manejar las armas,
a ordenar las trincheras, a galopar corceles,
a rellenar de pólvora las balas.
Todos aprenderían a descubrir las sombras,
a buscar enemigos, a vendar sus heridas,
y enseñar a sus hijos a andar sobre su sangre.

Se dieron cuenta tarde
de que la batalla había de concluir,
de que la sangre tenía un límite,
de que el odio era efímero,
de que era imprescindible aprender otras cosas.

Y la batalla concluyó.
Y quisieron aprender en un momento la paz,
la paz que habría de venir durante millones de siglos,
durante miles de millones de siglos,
durante toda una eternidad,
y lo quisieron aprender en un minuto,
en su último minuto,
cuando los segundos llevaban más prisa.

Y ya no fué posible. Les sorprendió la muerte
sin haberla aprendido.

A algunos preguntan: ¿esto es el mundo?
Se empujaban los gestos, las dudas, las palabras.
(El cielo resaca levemente claro).
Nadie sabía nada (¿lloviendo arriba la noche?
¿Cuándo llegaba el día?)

Los hombres eran aires arrojando el silencio.
desesperados sombras, insensos espectros.

A Santiago Amón.

LLOVÍA desesperadamente.

El aire era una pura inundación.

Llovía. Llovía como si los océanos
se hubiesen rebelado contra el cielo.

Llovía como si Dios se hubiera puesto a llorar
en todo el universo.

Llovía desesperadamente. En las montañas,
en los valles, sobre los ríos, golpeando duramente
las flores y el pecho de los niños.

Los hombres íbamos corriendo por todas partes,
preguntándonos unos a otros, buscando el sol.
Pero la primavera era una reina destronada.

Algunos preguntaban: «Señor ¿esto es el mundo?
Se empapaban los gestos, las dudas, las palabras.
(El cielo residía lejanamente claro.)
Nadie sabía nada (¿Dónde ardía la noche?
¿Cuándo llegaba el día?)

Los hombres eran aires arrasando el silencio,
desgarradoras sombras, invasores espectros.

Llovía desesperadamente.
¿Cuántos años hacía?

Era el alto misterio descendido a ser niebla.
Preguntas como estrellas en la noche del hombre.
Pero nadie escuchaba sus palabras: Llovía.

Y sonreía un niño.
(Un niño que decía
que el cielo estaba limpio...)

A D. Lucio Pajares.

HABÍA flores por todas partes.
 El mundo pareció llenarse de flores
 repentinamente.
 En los caminos había flores, flores caían de los árboles;
 de los pájaros, de las nubes, flores nacían
 junto a los arroyos y las mariposas, iluminando
 las praderas.
 Hasta la cabellera de los cipreses se coronaba
 de flores. El agua de los ríos, de los lagos,
 de los océanos, se cubría de flores. El mundo
 no sabía qué hacer con tantas flores, no sabía
 cómo poner en orden tantas flores.

Y allí había un hombre con las manos crispadas,
 un hombre con los ojos amarillos por el deseo.

Dió dos pasos, atónito. Se asustó. No podía mirar de frente tantos miles de flores.

Pasaron tan cerca las gaviotas que le desvelaron de su sueño de flores.

Sus primeras palabras fueron:

«¿Para qué tantas flores?» (Hasta la cumbre más lejana llegaron estas piedras, hasta la cumbre más lejana donde nacía un verdadero oleaje de flores.)

«¿Para qué tantas flores?»

(Resonó la blasfemia de horizonte a horizonte.)

Amargaban los aires. Relucían espadas. Volvieron los ríos a su cauce, en otoño, las sendas a su antigua armonía, los cipreses a su oscura presencia. Hasta los jardines se quedaron sin flores.

Desde todos los siglos nacieron nuevos hombres. En un sólo momento surgieron silenciosos centenares de hombres. Hombres en los caminos, hombres cazando pájaros, hombres cruzando ríos, hombres junto a los lagos y los mares, hombres, hombres multiplicándose continuamente en hombres...

LA MUERTE EN CASTILLA

A Vicente Aleixandre.

NI sol ni nubes. Nada.
Un eco sin espaldas.

El hombre deteniendo
su desazón: Castilla.

Pero no era esto sólo.
Había más: Un vuelo.
Una luz escapándose
de su viento amoroso.

Y una angustia rompiendo
la plácida armonía, golpeando las flores,
edificando el tiempo.

El paisaje era un mundo
de pájaros sin sueño.
Y el hombre, en medio, el hombre
desnudando deseos, ordenando los frutos,
educando los árboles.

Pero también el grito reclamaba su hueco,
el grito que nacía proclamando la sombra,
hiriendo el paraíso, crucificando el aire,
hasta encontrar su cauce,
hasta reconocerse,
hasta inventar su río,
hasta nombrar la fuente
y el dolor y este mar donde duda el silencio,
donde el hombre ya canta,
ya amanece, ya sabe.

Pero no era esto sólo.
La luz afirma el cielo y el paisaje y el llano.
La luz era redonda, derramada, sonora.
Y era el dolor del chopo, la angustia de la harina,
la desazón del trigo. Y el hombre.
El hombre, en medio.

Castilla lo sabía.
Sabía que las noches remediaban su fuego,

que la voz curaría su herida con silencio,
¡que morir era fácil!

(Y el hombre.

El hombre, en medio, muriendo con el agua).

Pero ¿quedaban flores?

¿Ardía en algún fuego la pasión de la tierra?

¿O era el color un vino
musical de canciones?

La luz decía todo:

Una luz recreándose, consolando la espiga,
adelgazando aromas.

Una luz liberándose de la verde tortura.

Ella — la luz — diría

la clara residencia de los límites últimos.

Una luz derramada, redonda, de su cielo.

(Y el hombre.

Y el hombre, en medio, muriendo con la tierra).

Pero no era esto sólo.

Había más: Un pozo que sabía su llanto,
que ignoraba los árboles. Una mueca de niebla.

Una noche de dudas numerando el silencio.

II

Castilla era una muerte
que aprendían los niños, desnudando las piedras,
conquistando el milagro difícil de los pájaros.

Ni sol ni nube. Nada.
Un eco sin espaldas. Una luz que nacía
iluminando siglos, clarificando noches,
glorificando el pulso.

Y el hombre.
(Y el hombre, en medio, muriendo con el cielo).

La vida no bastaba. Castilla sonaría
a hueco, a casco, a espejo,
a caserón, a sombra, a vacía distancia.
Sonaría a dolor. (Oh dolor de la niebla
que nunca se disipa).

Pero no era esto sólo.
El cielo prefería la luz. La luz alzándose
de la tierra a la nube, desde el pozo a la estrella,
la risa reflejada, la armonía devuelta,
la postura del gesto.

Y el cielo estaba cerca,
dándose en luz y en sombra,
entregándose todo.

La vida no bastaba. Ni la luz. Era el hombre.
Y exigía la noche, la noche que vendría
detrás de tantas noches, la oscuridad, la sombra
que la luz afirmase.

Castilla: Cielo. Tierra.

Y el hombre.
El hombre, en medio, muriendo con la muerte.

Hay tardes
en las que se congregan
vegetales tristes
que la tierra
quiere negar su reino;
tardes en que la tierra
duda de su ser.

Es la envidia del pájaro
que dibuja su límite,
la gana de su vuelo
que encorcha el espacio.

LA MUERTE PEQUEÑA

A Victoriano Crémer.

HAY días en que el aire
también sabe morirse, en que la rosa busca
la amenaza de un niño, y el grito de la hierba
alza, leve, su sed de no seguir ya siendo.

Hay tardes invioladas
en las que se congregan vegetales deseos
de morir o apagarse, tardes en que la luz
quiere negar su reino, tardes en que la tierra
duda de lo que sea.

Es la envidia del pájaro
que dibuja su límite, la gana de su vuelo
que encarece el espacio.

Morir todos los días
es morir demasiado.
(Y esto lo sabe el aire
y la rosa y la hierba,
y todos los que mueren
una muerte pequeña).

Es el deseo oscuro
de un vegetal descanso, la huída de lo húmedo,
de lo tremendamente quieto.

Es el amor, la envidia
nuevamente aliados en la savia del árbol
que oye pasar la muerte, del árbol que en otoño
siente desde sus hojas que la muerte sonríe.

Oh sombras vegetales,
no la muerte del fuego, no la muerte del agua.
Seréis ceniza, hueco,
pero no moriréis; los que, como vosotros,
mueren cada minuto,
no pueden morir nunca.

LOS DESAPARECIDOS

A Salvador Pérez Valiente.

¡NADA!

Ni soledad. Ni olvido.

Una sombra enroscada a sí mismo, una rosa
de humedad, una niebla.

Buscamos. Cantamos. Lloramos.

Nada. No había nada.

Uno a uno se fueron,
llamando cada uno a su cielo.

El eco, vacío, enunciando
su luz y su viento.

Pensamos, dijimos:

«Esto somos: Un gesto de urgencia,

una prisa estallando,
una piedra en el aire.

¡Nada!

Ni dolor es un viento quebrado.

Ni eso.

Pero estaban aquí, pronunciando,
erigiendo su clara apariencia de llamas.
(Oh, no han muerto, no es posible morir
evitando la ausencia. Y estaban aquí.
Y no estaban muriendo).

(Uno a uno se fueron,
nadie los ha visto desnudar su hueco).

Buscamos. Cantamos. Lloramos.
¡Nada! ¡Nadie! El frío,
la humedad, el hueco.

Aquí había un hombre.
¡Nada! ¡Nadie! (El cielo).
Aquí había un cántico.
(Todo ha sido un sueño).

Busquemos, salgamos,
de nuevo,
a romper la sombra, la noche, el silencio.

Nada. Es inútil andar,
ir abriendo la niebla con besos,
pronunciar los nombres que todos
tuvieron. El hombre, vacío
y húmedo y helado y herido
(¡y en silencio!)

¡Nada!
Ni soledad ni olvido.
Una sombra enroscada a sí misma,
un húmedo lirio doblado,
un pálido vértigo.

No han muerto. Pidió cada uno
su agua a su sed, su viento a su niebla.

Y estaban aquí con nosotros.

Nada. Nadie. Nunca.
(Desaparecieron).

«Aquí, las cosas (en especial las altas), van muy despacio; y nosotros cuando nos referimos al tiempo lo medimos ya por meses y hasta por años».

(De una carta al poeta de Félix Buisán Citores).

QUIERO decir el río
que no amanece nunca, la mirada
de lo impalpable, el beso
de la hora invisible.

Quiero decir el aire
que azulea el contorno de lo distante.

Quiero decir tu sangre
permaneciendo inútil, tu fácil madrugada
para todo lo grande, toda tu astronomía
que se mide en minutos.

Eres un hombre, un fuego
consumiendo pasado, una lívida llama
de ser que no se mide: Que se cuenta por años.
(Los minutos son pájaros en la sangre del niño,
pero tú eres un hombre).

Esperas. Algo falta.
Siempre le falta al hombre lo que pudo haber sido,
lo que no ha de ser nunca (Oh, ser: No ser aún).

Ahí, las cosas van muy despacio y vosotros
las váis dejando atrás, desbordáis con el sueño
la voz que sois. (Cuando hablan,
ya vosotros cantáis...)

(Es la muerte, la espada
que rompe el equilibrio
de la voz y del árbol...)

Quiero decir el tiempo,
la savia de los siglos que madruga en el pulso,
la música temblando debajo del sonido.

Oh, ser hombre es ser puro
deseo de ser hombre: No ser aún ya siempre.

Algo falta. La voz
que defina la ausencia, que surta de palabras
la muda adolescencia de los trigos en sombra.
(¿No lo véis?: Es la muerte que quiere para ella
la penúltima rosa, la muerte que arrebatada
de las manos el aire, la divina sedienta
del agua de la vida).

Sí. Las cosas se quedan detrás de nuestra prisa
frente al eco vacío, frente al hueco del paso
que habitasteis un día.

Por eso cuentas años por tu prisa de sueño,
por tu herido presente que se te va sin vida,
por tu no ser aún, por ese no haber sido,
por ese ser de ausencias que tú no fuiste nunca.

Quiero decir lo húmedo,
lo crecido en silencio, lo fértil, lo fecundo,
lo que se cuenta en años.

Quiero decir el tiempo, lo habitable, lo vivo,
la forma de lo inútil.

Quiero decir la muerte
que nos escancia a sorbos, que no se calma nunca.
Oh, tiempo, tiempo, tiempo...
¡Pero tú eres un hombre...!



MATERNIDAD

A Gabino A. Carriedo

ESTA humareda mía que ha nacido en el aire,
esta nublada angustia que confirma el sonido,
este mar, este cielo, creados por mi sangre,
a ti, madre, se vuelven.

Olvidaste quién eras
o nunca lo has sabido. Pero existe la rosa,
existe la caliente certidumbre de un beso
que hizo el mar y el silencio.

Y sé que soy de ti
y a ti vuelvo, buscándome, pidiéndome en tu seno,
glorificando el viento que nace de tus sienas
de nevadas palabras,

acariciando el musgo que nace de mi sueño
ya mudo, ya vacío, ya desazón de sombra.

Pero ya no es posible.

Se vuelve hacia la joven marea de los trigos,
hacia el mar que ilumina de espumas el deseo.

Y tú, madre, eres noche, niebla creciendo, madre,
milagro de mi carne.

No llores con tus lágrimas de fermentada ausencia,
estoy aquí llamándote, pero ya no me oyes.

No has muerto, madre, escucha tu sonora crecida,
pero ya no me oyes, y estoy aquí, llamándote.

Nos separa tu siglo, tu nevada tortura,
la lluvia de tu paso.

Yo sé que soy de ti,
pero ya no soy tuyo. Ya soy luz, luz alzándose,
mediodía que tiembla, savia que ignora el árbol,
misterio de tu sangre.

Oh madre, no hay remedio.

El mar, tu mar, el mío, grito, loco de espuma,
que es inútil buscarnos. El mar de nuestra sangre,
la submarina angustia, la bruma del silencio.

No llores, madre, alumbra con sonrisas la ausencia.
Estoy aquí, llamándote, pero ya no me oyes.
No has muerto, madre, escucho tu sonora crecida
pero ya no me oyes, y estoy aquí, llamándote.

Oh, dime, madre, dime, lejana muerte mía,
canción donde los pájaros aprenden su milagro,
música de mi sangre, dime, madre, qué nombre
tengo yo, qué minutos son míos, qué palabras
limitan mis ausencias: Sólo en ti me conozco,
sólo en ti se me llena la oquedad de mi nombre.

Ahora, sólo me queda
mi nuevo nacimiento. Ya te sé. Sé tu beso,
sé, madre, tu ternura. (Te tengo aquí, creándote
como tú me creaste, devolviéndote en sueño
la vida que me diste).

Así hasta que la sombra
me ilumine de nuevo cuando no tenga a nadie,
cuando ya no me sepa, cuando nadie me sepa,
cuando venga otra madre (oh, madre, sí, otra madre)
y me diga mi nombre, y como tú, me cree,
me cante, me florezca.

CONTEMPLACIÓN DEL RÍO

«Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir».

JORGE MANRIQUE.

TODO a su río. Dolor,
angustia, llanto, tortura,
desamparo.

La nube va por su cielo,
la ola por su oceano,
por su espuma.

Nada quedó de tu llanto
de tu lágrima caliente,
pensativa.
Pero la sangre se yergue
a tu paso que derriba
las miradas.

Se ha prolongado la sombra
desde tu mano nacida,
volteada,
trayendo el dolor, la noche,
los siglos de tu amargura,
de tu canto.

Todo a su río: Dolor.
Nada hay nuevo. Nos morimos
como entonces,
pero aprendimos la muerte.
(No basta morir. No muere
quien no sabe).

Un río más. Yo. Mi tiempo.
Mil ríos más en mí mismo
deshaciéndome.
Y un solo mar, un mar grande,
un mar de luz submarina
deseándonos.

Castilla es la misma. Canta
su dolor, su abandonada
pesadumbre,
y se hace río si llora,

y se hace tiempo la angustia
de tus coplas.

Todo a su río: Dolor.
El agua es nueva y es agua
su armonía,
su musical apariencia,
su deseo de no ser
río siempre.

Estamos aquí, muriendo,
sabiendo morir. (No muere
quien no sabe).
El tiempo, el agua, la duda,
la muerte... (¡Y el hombre, el hombre
que lo aprende...!).

EL MUNDO MUERTO

A Dámaso Santos.

HAY un mundo muriéndose,
rosa a rosa, palabra por palabra,
un mundo encanecido, un viejo mundo
olvidándose, huyendo de sus siglos de sangre.

Los brazos se cansaron
de sostener estrellas, de acariciar el humo,
de proclamar el aire.

Sólo canciones, lágrimas,
arrodillados ojos, corazones creciendo,
nutriéndose de noche, pronunciando deseos
oscuros, pregonando la oscura lejanía,
multiplicando el tiempo.

El mundo era una antigua
constelación de angustias, de pálidas ciudades,
de jardines en ruina. Un eco sin espacio.
Una luz sin origen, sin tiempo donde hallarse,
sin hierba a su caricia, sin labios a su beso.

Sólo el amor buscando
su hueco necesario, su savia, su manera
de crecer como el musgo, como la rosa útil.
Sólo el amor cantando su deseo de vida,
su afirmación rotunda de prolongar el beso,
su caliente creencia de ser sobre su límite,
de crecer sin otoño, como un mar, como un ancho
océano de rosas...

Oh, luz enamorada,
cálida transparencia que redime la sombra,
que ilumina el silencio. Ternura de la niebla.

Pero el mundo se muere.
Es un río de dudas, de vientos derruidos,
de olas equivocadas. Se muere. Se nos muere
de sombra, de misterio,
de inundación, de niebla.

LA TRISTEZA

A Fernando González

¿EN dónde nace el aire?
¿En qué tiempo? ¿En qué rosa?
¿Sobre qué beso?

Nada sabemos. Hombre
de tristeza me hicieron, hombre de soledad,
hombre de niebla.

(Y el mundo fuera, un mundo
de alegría sonora que nunca entenderemos).

Hombre me llaman. Canto
para llenar mi hueco. No tengo nombre. Canto
lo que soy, mi tristeza, mi soledad por dentro.

La luz me duele. Dudo,
lloro, sonrío, tiemblo. Estoy en sombra mía
pero no soy la sombra.

Por eso canto. Canto
para romper la niebla, para evadir el hueco
que soy, la pura ausencia
que no soy, la tristeza.

Canto lo oscuro, canto
lo profundo, lo triste. (Canto para vencerme,
para encontrar lo lúcido, lo dichoso, lo claro).

Estoy triste. Soy hombre.
Soy la amarga alegría de pensar en la vida.

Hombre me llaman. Canto
para llenar mi hueco.

LA NOCHE

«A oscuras, en celada...»

SAN JUAN DE LA CRUZ.

A oscuras, en celada,
por el valle sin musgo, por la música leve
de las horas sin cielo,
cantamos.

A la huella de sombras,
a la luz alterándose, a la duda del aire,
llevamos nuestra sangre:
cantamos.

En la pura tiniebla,
en la niebla del humo, en el turbio sosiego,
sobre la roca herida,
cantamos.

Cantamos en la noche, mientras la duda ordena
las estrellas del ansia.

Claréanse los cielos cuando el hombre se incendia
de amor, cuando su mano descubre los jardines,
cuando la angustia apaga su bullente marea
o calla el griterío del odio con un beso...

A oscuras, en celada,
cantamos en la noche. Buscaremos la huella
de los pasos en sombra, los últimos acordes
de las músicas últimas, las sonoras estelas
de las flores que huyen.

Cantamos en la noche para hallar la armonía,
para ser en el mundo primavera nocturna,
oscura mueca, espiga de sonrisa creciendo.

Seguiremos cantando. A oscuras, en celada.
Se abrirán nuestros labios a la sombra, a la noche,
como rosas heridas.

Se hará la noche beso,
deseo de ser día, iluminada sombra,
clausura de la muerte.

IR

A Manuel Alonso Alcalde.

A la muerte hay que ir
sorteando las rosas,
desnudando los pasos,
aprendiendo lo inútil.

En voz alta, llamando
por su nombre las cosas,
grabando sobre el aire
la angustia de su límite.

Sin dolor. (La alegría
ilumina la niebla.
La sonrisa es el beso
de Dios sobre la tierra).

Sin dolor. Despertando
la música en el niño.

A Dios se va desnudo
como un aire, sereno
como un pulso, cantando,
anhelando, muriendo
como una noche clara
que en la luz se termina.

A Dios se va aprendiendo
la muerte de lo útil:
El sol, la risa, el pájaro,
lo que no tiene peso.

Hay que ir como un río,
olvidando el paisaje,
no parándose nunca,
oh, nunca ¡no parándose!

EL MAR
la música en el niño

A Dios se va desahogado
como un aire sereno
como un pulso, cantando
sufriendo, muriendo

«Te digo al llegar, madre
que tú eres como el mar...».

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

ANTES era el silencio,
la manera de ser de la bruma, el lenguaje
de la nada, la ausencia del pájaro.

Luego el mar,
la marina manera de ser, la sed de la tierra
y del sol, el sabor de la sal.

El mar en los labios del hombre
llenando de espuma el deseo, rompiendo
la sombra, dando forma al silencio.
(Por fin ya tenía la muerte su muerte:

El mar era madre, era eterna manera
marina de ser, era claro misterio).

La vida no era ya un río.
La vida era un mar, un congreso
de millones de pulsos, de frenéticas ansias,
de cálidas voces de sueño.

Antes era el silencio.
Ni río ni mar. Antes era la ausencia
que anuncia lo bello, el vacío
que busca la forma del cuerpo,
el silencio que espera una frase,
una voz que fecunde su virgen espera.

Luego fué la madre, la mar
que recibe la vida del río, la madre
que vuelve a ser madre de seres eternos,
la muerte que es madre, la muerte que es mar,
la madre que es mar.

El mar era madre, era eterno mar
marina de ser, era claro misterio.

La vida no era ya un río
La vida era un mar, un congreso
de millones de pulsos de frías ansias,
de cálidas voces de sueño.

Antes era el silencio
Ni mar ni mar, Antes era la ausencia

que anuncia lo bello, el vacío
que busca la forma del cuerpo,
el silencio que espera una frase,
una voz que teclada su virgen espera.

ANTES

Luego fue la madre, la mar,
que recibe la vida del río, la madre
que vuelve a ser madre de seres eternos,
la muerte que es madre, la muerte que es mar,
la madre que es mar.

INDICE

Vosotros	9
El poeta	11
La muerte anticipada	13
Poema de los niños.	16
Los frutos	20
El descanso	22
Retorno	24
Llegada de la primavera	26
Árbol	28
Deuda.	30
Rosas	32
Los niños tristes.	35
La pregunta	38
Hombre sin canción.	40
La otra soledad	43
La batalla.	45
La lluvia	47
Poema de María.	49
La muerte en Castilla	51
La muerte pequeña	56
Los desaparecidos	58
El tiempo.	61
Maternidad	64

Contemplación del río	67
El mundo muerto	70
La tristeza	72
La noche	74
Ir	76
El mar	78
<i>Índice</i>	83

«*Sin Primavera*». Poesías. Palencia, 1946.

«*Poesías*». Granada, 1946.

«*Aunque es de noche...*». Poesías. Palencia, 1947.

«*Paisaje en sangre viva*». Poesías. Madrid, 1949.

«*La muerte aprendida*». Poesías. Número 17 de la Colección de Poesía «HALCÓN», Valladolid, 1949.

SUSCRIPTORES ESPECIALES DE LA COLECCIÓN «HALCÓN»

Fernando González.

Luis López Anglada.

Manuel Alonso Alcalde.

Arcadio Pardo.

Pablo Puente Paz.

Antonio G. Quintana Hernández.

Narciso Alonso Cortés.

Carlos Rodríguez Spiteri.

Bernabé Fernández-Canivell.

Librería Santarén. — Valladolid.

Carlos del Río-Hortega y Herrero

Aurelio Cuadrado.

José Mateo Díaz.

José María Luelmo.

Pedro Pérez Clotet.

Fernando Jorge y Rodríguez.

Constancio Pérez Velasco.

Francisco Pino.

Eduardo Battaner.

H A L C Ó N

COLECCIÓN DE POESÍA

Dirigida por

FERNANDO GONZÁLEZ

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

De los libros de esta Colección de Poesía se hacen las series siguientes, todas impresas a dos tintas.

SERIE ESPECIAL

Veinticinco ejemplares en papel verjurado, numerados del I al XXV, reservados a los suscriptores. Cada ejemplar de esta serie lleva impreso el nombre del suscriptor y una dedicatoria autógrafa del poeta.

El precio de la suscripción a esta serie es de 62 pesetas los tres números de la Colección.

SERIE DE LUJO

Setenta y cinco ejemplares en papel verjurado, numerados del 1 al 75 con la firma del poeta.

El precio de suscripción es de 39 pesetas los tres números de la Colección.

Los ejemplares sueltos de esta serie, mientras no esté cubierto el cupo por suscripción, se venden a 16 pesetas.

SERIE CORRIENTE

Cuatrocientos ejemplares en papel de edición, numerados del 76 al 475.

El precio de suscripción es de 21 pesetas los tres números de la Colección.

El ejemplar suelto de esta serie se vende a 9 pesetas.

«HALCÓN»

Acera de Recoletos, 4.

VALLADOLID

Esta primera edición de «La muerte aprendida», de José M.^a Fernández Nieto, volumen 17 de la Colección «HALCÓN» dirigida por Fernando González y patrocinada por Pablo Puente Paz, fué compuesta a mano en letra Corvinus del cuerpo 10, en la Editorial S.EVE.R Tip. Cuesta (Ebanistería, 12), Valladolid, y se acabó de imprimir el 17 de Octubre de 1949.

PUBLICADOS:

1. Rafael Montesinos:
«El libro de las cosas perdidas».
2. Luis López Anglada:
«Al par de tu sendero».
3. Rafael Morales:
«El corazón y la tierra».
4. Eugenio de Nora:
«Amor prometido».
5. Arcadio Pardo:
«Un tiempo se clausura».
6. Salvador P. Valiente:
«Cuando ya no hay remedio».
7. Vicente Gaos:
«Luz desde el sueño».
8. Pedro Lezcano:
«Muriendo dos a dos».
9. Ildefonso-Manuel Gil:
«El corazón en los labios».
10. Carlos R. Spiteri:
«Amarga sombra».
11. Gabriel Celaya:
«Objetos poéticos».
12. Manuel Alonso Alcalde:
«Hoguera viva».
13. Pedro Perdomo Acedo:
«Ave breve».
14. Rafael Laffón:
«Adviento de la angustia».
15. Fernando González:
«Ofrendas a la Nada».
16. Victoriano Crémer:
«Las horas perdidas».
17. José M.^a Fernández Nieto:
«La muerte aprendida»



LIBRERÍA SANTARÉN Fuente Dorada, 28 y 29 VALLADOLID

FOR THE YEAR ENDING 31.12.2008

STATE OF TEXAS

COUNTY OF DALLAS

FILE NO. 08-01000

IN RE: THE ESTATE OF

JOHN W. HARRIS, DECEASED

AND

THE ESTATE OF

JOHN W. HARRIS, DECEASED

AND

THE ESTATE OF

JOHN W. HARRIS, DECEASED

AND

THE ESTATE OF